

Cuando nos dejamos alcanzar y transformar por el Espíritu, no podremos más seguir mirándonos a los ojos; sentiremos la necesidad de salir, de andar, de llevar a los demás el don del amor con el que hemos sido amados.

Proclamar las tres personas en el único Dios es creer en todo esto y dar la vida para que la historia se acerque siempre más a la imagen de la comunión divina. La fe en el Dios uno en tres personas no es algo que está "de más" o una complicación del cristianismo, sino su centro y su corazón, porque traduce la certeza que Dios es amor, en sí

Dios, tres veces santo, trinidad de amor,
haz que testimonie con los labios y con el corazón
la infinita belleza de la eterna historia
de tu divino amar.
Te reconoceré Padre, eterno amante,
de quien proviene todo don perfecto.
Te proclamaré Hijo,
amado que todo recibe y todo da.
Te adoraré Espíritu Santo,
junto con el amante y el amado,
con el amor recibido y donado,
vínculo de la caridad eterna
y éxtasis del eterno amor.
En ti querré esconderme,
para ser por siempre perdidamente amado
y en tu escuela aprender a amar.

ANHELOS DE SAN MIGUEL

Bruno Forte

"El milagro de los milagros está en cerrar los ojos a esta verdad, en no rendirse ante acontecimiento tan manifiesto, tan apremiante del Verbo hecho carne para instruirnos y unirnos a su Padre. ¿Por qué no vemos esta luz más resplandeciente que el sol?..."

El Hijo de Dios se hizo semejante a nosotros para que fuéramos semejantes a él, para hacernos vivir de su vida, colmándonos de su Espíritu que sólo es Espíritu de caridad...

Dios se nos brindó en el seno de María. Dejémosnos ganar por este Dios amante, amemos como este Dios, amemos en este Dios y por este Dios tan amante."

Este texto sencillo y denso se presta para aquello de San Ignacio:
"NO EL MUCHO SABER HARTA EL ALMA, SINO EL GUSTAR DE LAS COSAS INTERNAMENTE."
Por eso, para interiorizarlo debes leerlo, releerlo y hacerlo oración.

Realización del p. Daniel R. Martín

ESPIRITUALIDAD RETHARRAMITA



"Aquí estoy, Padre, vengo para hacer tu voluntad"

Año III 1999 - Nº 5

El Dios de nuestra fe

Estas palabras de la fe de la Iglesia naciente muestran cómo para el cristiano creer en Dios no significa simplemente pensar que Dios existe sino mucho más y fuertemente equivale a *confesar* con los labios y con el corazón que *Dios es amor*. Y esto quiere decir reconocer que Dios no es soledad: para amar se necesitan por lo menos dos, en una relación tan rica que esté abierta al otro. Dios amor es comunión de tres: el amante, el amado y el amor recibido y donado, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Creer en Dios amor significa entonces creer que Dios es uno en tres personas, en una comunión tan perfecta, que los tres son realmente uno en el amor; y al mismo tiempo forman un entretrejo de relaciones tan reales, que ellos son verdaderamente tres en el dar y recibir amor, en el encontrarse y en el abrirse al amor.

En relación con nuestra vida y con la historia, creer en Dios significa estar seguros de que ninguno de nosotros es un número frente al Eterno, de que cada uno somos conocidos y amados con amor infinito por el Padre, fuente de todo amor, por el Hijo, que se hizo hombre por amor a nosotros, en el Espíritu Santo, que hace presente la caridad de Dios en nuestros corazones.

Cómo la primera carta de Juan llega a decir que Dios es amor, lo explican los versículos siguientes: *Así se ha manifestado el amor de Dios por nosotros, en que ha mandado a su Hijo único al mundo para que nosotros vivamos por él. Este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y envió su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados (1Jn4,9-10).*

He aquí la revelación del infinito amor: Dios sufre por amor nuestro; Dios hace suyo nuestro dolor y no nos deja solos en la noche oscura del sufrimiento. Si el Padre ha tenido entre sus brazos al abandonado del Viernes santo, tendrá entre sus brazos a todos nosotros, cualquiera sea la historia de pecado, de dolor y de muerte de la cual procedemos. El evangelio de la cruz, "locura" para los griegos y "escándalo" para los judíos (cfr. 1Cor1,23), nos dice a todos y a cada uno: no estás solo. *Te he amado con amor eterno (Jer31,3). Te he tenido entre mis brazos (cfr. Sal131,2). Te he grabado en las palmas de mis manos*

(Is49,16): y si acaso una madre se olvidara de su pequeño, yo no me olvidaré de ti (cfr. Is49,15).

A los pies de la cruz descubrimos que Dios es amor hacia nosotros y que es amor en sí mismo. La Trinidad es el evangelio de nuestra salvación, revelado en el silencio del Viernes santo. Los cristianos no sólo creen que Dios existe: proclaman al Dios *personal*, al Dios uno y único, que es amor en el eterno diálogo de tres y que nos ama con un amor siempre nuevo y personalizado, con un amor impulsado hasta el límite del infinito dolor de la cruz. Un Dios juez, que mira desde lo alto de los cielos y castiga, puede ser también una divinidad frente a la cual se dan vuelta las espaldas. Pero un Dios que muestra su rostro en la humildad y en la vergüenza del Viernes santo, un Dios humilde, es un Dios al cual es imposible decir que no. Nosotros creemos en un Dios que se hizo pequeño, abandonado por nosotros, en un Dios que no quiere infundirnos miedo, sino que se nos muestra con la ternura y la debilidad del amor infinito. El Dios de la cruz es el Dios de la caridad, que ama con amor personal, porque es amor personal... La cruz nos ofrece el rostro de la Trinidad, como el del Dios que es amor.

Como amor, Dios es sobre todo el *Padre* de Jesús, que ha comenzado desde siempre a amar y ha enviado a su Hijo a la muerte por nosotros: *“El que no perdonó a su propio Hijo”* (Rom8,32). El Padre es la eterna fuente del amor, es el principio sin principio de la caridad, la gratuidad sin fin: *“Dios no nos ama porque seamos buenos y hermosos, Dios nos vuelve buenos y hermosos porque nos ama”* (Lutero). Dios no se cansará nunca de amarnos, porque no nos ama por nuestros méritos, sino porque desde siempre ha empezado a amarnos y por siempre continuará amándonos. Por lo tanto, *“cuando ames no debes decir: Tengo a Dios en el corazón; sino más bien: Estoy en el corazón de Dios”* (Kahlil Gibran). Es él quien nos contagia el amor: es él quien comienza en nosotros aquello que no seríamos nunca capaces de iniciar. Agustín escribe: *“No hay invitación más grande al amor, que prevenir con el amor”* (De catechizandis rudibus). Es así como Dios nos ha vuelto capaces de amar: él nos ha amado primero, y no se cansará nunca de amar, porque es el amor que comienza desde siempre y no terminará jamás, es amor siempre nuevo, siempre joven. Amándonos, él nos hace capaces de amar. Amados comenzamos a amar: sólo los hombres nuevos, dice Agustín, cantan el cántico nuevo. Y los hombres nuevos son aquellos que se dejan amar por Dios. El cántico nuevo es el canto de una vida transformada por el encuentro con el Amor eterno. El Padre es pues el eterno amante, que desde siempre ha comenzado a amar y que suscita en nosotros la historia del amor, comunicándonos su gratuidad.

Si el Padre es el eterno amante, el *Hijo* es el eterno amado, aquel que desde siempre se ha dejado amar. El Hijo nos hace comprender que no sólo es divino el amar: es divino también el dejarse amar, el recibir el amor. No es divina sólo la gratuidad: es divina también la gratitud. Dios sabe decir gracias. El Hijo, el amado, es la aceptación eterna, es aquel que desde siempre dice sí al amor, la obediencia viviente del amor. El Espíritu vuelve en nosotros presente al Hijo cada vez que sabemos decir gracias, es decir, aceptamos el amor de los demás. No basta con comenzar a amar: es necesario dejarse amar, volverse humilde frente al amor ajeno, hacer espacio a la vida, recibir al otro. Es así como nos volvemos icono del Hijo: en la aceptación del amor. Donde no se recibe al otro, sobre todo al distinto, no se acepta a Dios, no se es imagen del Hijo de Dios. Como el eterno amante nos contagia la gratitud, la aceptación, el espíritu de la fe humilde que se abre al encuentro del otro.

En el diálogo del amante y el amado, el Espíritu es aquel que une y libera. En la tradición occidental de Agustín en adelante el Espíritu es contemplado como el vínculo del amor eterno entre el amante y el amado. El espíritu es la paz y la unidad del amor divino. Por lo que, cuando el Espíritu penetra en nosotros nos unifica en nosotros mismos, reconciliándonos, y nos une a Dios y a los demás. El Espíritu nos dona el lenguaje de la comunión, nos hace urdir lazos de paz, nos vuelve capaces de unidad, porque es amor personal, vínculo de la caridad eterna, donado por el uno y recibido por el otro. Según la tradición de Oriente, en cambio, el Paráclito es el *éxtasis de Dios*, aquel que quiebra el círculo del amor, y viene a realizar en la eternidad divina la verdad que *amar no significa mirarse a los ojos, sino mirar juntos la misma meta* (A. de Saint-Exupéry). El Espíritu no sólo une al amante y el amado, sino que hace salir a Dios de sí, es el don, el éxodo sin retorno del amor, la libertad de la vida divina. Cuando nos dejamos alcanzar y transformar por el Espíritu, no podremos más seguir mirándonos a los ojos; sentiremos la necesidad de salir, de andar, de llevar a los demás el don del amor con el que hemos sido amados.

Proclamar las tres personas en el único Dios es creer en todo esto y dar la vida para que la historia se acerque siempre más a la imagen de la comunión divina. La fe en el Dios uno en tres personas no es algo que está *“de más”* o una complicación del cristianismo, sino su centro y su corazón, porque traduce la certeza que Dios es amor, en sí mismo y hacia nosotros: ¿y no es quizás ésta la buena noticia, la única que tenemos realmente que anunciar al mundo?